

Trabajo premiado: tema acoso laboral

Autor: José María Paños Pascual

ULTIMÁTUM

Francisco se levantó al rugir el despertador. Eran las siete de la mañana. Rocío dormía a su lado. Sentía su respiración, profunda y acompasada. Se incorporó con cuidado para no despertarla. Se calzó las zapatillas y se puso la bata que estaba cuidadosamente doblada en una banqueta del dormitorio. Miró el cuerpo de su mujer en la oscuridad de la habitación. No era más que un bulto negro tapado con las sábanas y la colcha. Pero Francisco recordaba con cariño su rostro sereno y amable, salpicado ya por las inevitables arrugas del paso de los años. Ella se resistía a admitirlo, pero nadie puede engañar al tiempo, ni siquiera las buenas personas como Rocío. Le lanzó un beso con la mano, en silencio, con la complicidad de la oscuridad, y cerró la puerta.

Así empezaba el ritual de cada día laborable de la vida de Francisco. Lo mismo desde hacía veintiocho años. Entró en la empresa recién licenciado, como aprendiz en prácticas, y ahora era jefe del departamento de ingeniería.

Fue al lavabo, orinó, se lavó las manos, se duchó con agua templada y se afeitó. Sin prisas porque tenía la barba dura y odiaba cortarse y manchar de sangre el cuello de las camisas blancas o azules que Rocío le planchaba cada noche.

Su mujer dejó de trabajar cuando se casaron. Aquello era normal en su época, pero afortunadamente esto había cambiado. Su hija y su yerno, por ejemplo, trabajaban los dos y, para satisfacción suya, su hija tenía mejor empleo que el cantamañanas de su yerno.

Después de aclararse la cara, se frotó con la crema para el afeitado que le habían regalado por navidad, ese regalo que nunca falta, como las corbatas, los calcetines o la colonia, se decía para sí mismo Francisco, y se miró al espejo.

Eran las siete y media de la mañana de un lunes. Francisco vio reflejado su rostro en el espejo. Pero no era el mismo rostro de los lunes que él recordaba. A las arrugas de la edad se habían sumado las arrugas de la preocupación y el miedo. Sus ojos reflejaban angustia y pánico.

Desde hacía cinco semanas su vida había cambiado por completo, dando un giro inesperado de trescientos sesenta grados, y por primera vez sintió que enfrentarse a la tragedia de un lunes laborable era un peso que cada vez costaba más de soportar.

Y todo por el cabrón de Sánchez, del departamento de recursos humanos. Fue el día que Francisco había cumplido cincuenta y tres años, y todos en su sección lo habían celebrado con bocadillos y cava. Incluso le habían regalado una bonita cartera de piel.

Pero aquel jueves, Sánchez lo chafó todo. Se presentó ante él, con su cara de mosca muerta y la sonrisa de imbécil pegada a los labios. Era un advenedizo sin escrúpulos que se encargaba de hacer el trabajo sucio del director general de recursos humanos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo con esa vocecita aflautada que crispaba los nervios.

—¿Qué quieres, Sánchez?. Tengo mucho trabajo y lo quiero dejar listo para el fin de semana —le contestó Francisco, molesto por la interrupción.

—No será por mucho tiempo —contestó Sánchez.

—No te entiendo, Sánchez. Explícate mejor —respondió Francisco con la mosca detrás de la oreja.

—Que muy pronto dejarás de tener tanto trabajo. De hecho, no tendrás ni trabajo siquiera. Hoy he visto la planificación laboral para el próximo trimestre. Tu nombre está marcado en rojo y ya te tienen sustituto, amigo Francisco.

—Eso no puede ser. Soy el jefe de ingeniería desde hace diez años.

—La producción ha caído y los beneficios también. Los accionistas están que trinan y quieren resultados muy pronto. Tú le cuestas mucho dinero a la empresa y a los cincuenta y tres ya no se tiene la energía de un joven. Compréndelo, las nuevas hornadas de ingenieros salen muy preparados de la facultad y con muchas ganas de trabajar. Por un tercio de tu sueldo tenemos a un jefe de ingenieros sin horarios ni exigencias.

Francisco no dijo nada. Se limitó a mirar la sonrisa burlona de Sánchez. Sabía que ese mequetrefe se la tenía jurada desde que le hizo tragar el convenio colectivo en la última reunión de la comisión paritaria y tuvo que admitir que las horas extras y los pluses de productividad que se negaba a abonar eran legales. Regularizar las nóminas de toda la plantilla supuso un gasto enorme para la empresa, y no sabía cómo Sánchez no se había ido de patitas a la calle. Ahora, era evidente, se vengaba de aquella afrenta.

—No te preocupes, Francisco. La empresa te quiere y por ello te propondrá una prejubilación. Te aconsejo que la aceptes. El trato es muy bueno.

Pero Francisco no aceptó. Estuvo horas y horas dándole vueltas al asunto y cuando lo llamaron desde recursos humanos ya tenía una decisión tomada. Era un viernes por la tarde. Normalmente a las tres ya estaba en casa, pero aquel día el director general quería verle a las cuatro. Telefonó a Rocío y le dijo que llegaría más tarde, que ya irían a la casa de campo el sábado por la mañana. En el despacho del director general estaban presentes, además de ellos dos, Sánchez y uno de los abogados de la empresa. Ni rastro del comité de empresa. La emboscada perfecta, se dijo para sí mismo Francisco.

—Mire, Francisco; la empresa últimamente no va bien. El año pasado perdimos más de lo esperado. Los accionistas nos presionan y nos vemos obligados a tomar medidas drásticas. Por desgracia, nuestros analistas creen que parte del problema reside en ingeniería y nos han trazado un plan de reconversión. No renovaremos los contratos temporales que venzan en los próximos meses y prejubilaremos a los mayores de cincuenta y dos años. Con el ahorro de costes previsto, lograremos equilibrar el presupuesto de este año. Usted no debe preocuparse por su jubilación. Con dos años de paro se planta en cincuenta y cinco años, le pagamos las cotizaciones hasta que cumpla sesenta y luego solicita la jubilación anticipada. ¿Qué me dice, Francisco? Ojalá yo pudiera dejar de trabajar a los cincuenta y tres como usted.

—No —contestó Francisco con tanta contundencia que dejó atónitos a todos los presentes.

—Piénselo bien, Francisco. Es una oferta muy buena por parte de la empresa —intervino el abogado.

—Métase la oferta por donde le quepa, señor letrado. No he estado trabajando duro en esta empresa para que me echen como a un perro a los cincuenta y tres años. Tengo las mismas ganas y la misma energía de siempre y quiero seguir trabajando. Gente habrá que quiera una prejubilación. Yo no.

—Francisco, Francisco, no me provoque. La empresa le aprecia y por eso quiere una salida digna para usted. No quisiera recurrir a otras medidas digamos más drásticas. No me gustaría tener que hacer públicos los múltiples fallos que ha tenido últimamente. Usted ya tiene cierta edad para trabajar con tanta presión.

Francisco se levantó con el rostro congestionado por la ira. Se acercó hasta el director general de recursos humanos y le espetó en pleno rostro:

—Si tiene pruebas de esos fallos, despídame. De lo contrario, deje de tocarme los huevos.

Cuando salió de aquel despacho supo que había desatado la guerra contra su persona y también lo que le esperaba desde el lunes siguiente: presiones de todo tipo,

encargos imposibles, acumulación de tareas, notas que desaparecían, clientes que quedaban desatendidos, proyectos mal trazados, y todo por su culpa. Un plan trazado al milímetro para hacer creer a los demás que era un incompetente y que cometía fallos reiterados. Un plan que acabaría con el despido procedente tras múltiples broncas con todos sus superiores. Y él era consciente de que eso se traduciría en una brutal presión psicológica; en un rápido deterioro de la salud, con noches de insomnio, úlceras, irritabilidad, malhumor, náuseas y depresión; en querer a muerte los fines de semana y odiar los lunes por la mañana. Y así día tras día, semana tras semana, hasta que finalmente arrojase la toalla o convirtiese su vida en un infierno.

Y en definitiva, ¿cuál era su crimen? Tener cincuenta y tres años y un buen sueldo.

Pensó en Rocío, pensó en su deseo de cambiar de coche, pensó en los viajes que habían planeado, y se dijo que aquello no era justo. Había dado a la empresa todo lo que tenía: horas extras sin cobrar, fines de semana trabajando, vacaciones no recuperadas. En veintiocho años ni un solo día de baja. Y ahora se lo pagaban, vaya si se lo pagaban, llamándole poco menos que viejo e inútil, y diciéndole que era mejor que se quedara en casa con una pensión de mierda mientras explotaban a un joven en su lugar y se ahorran unos buenos euros; así podían repartir mayores dividendos a unos accionistas que no sabían qué hacer con tanto dinero. Pero ¿qué podía hacer si lo despedían? No encontraría trabajo en ningún sitio porque nadie quiere a un «viejo» de cincuenta y tres años y, si se prejubilaba, acabaría con una mísera pensión a los sesenta después de cotizar tantos años.

Con el paso de los días se angustió y empezó a deprimirse. Se volvió arisco con su mujer. Entonces, un buen día, cuando se ponía la chaqueta, sintió un fuerte dolor en el pecho. Como los que últimamente sentía muy a menudo. Se mareó. Se asustó y quiso gritar. Pero cuando quiso reaccionar se desplomó fulminantemente en el suelo. La tensión acumulada desde aquel fatídico viernes acababa de estallar. Un infarto de miocardio terminó con las dudas de Francisco y libró a la empresa de un conflicto laboral. Se limitaron a dar el pésame a la viuda, mandaron a Sánchez al funeral y llamaron al sustituto para que se incorporase de inmediato.

Nadie supo jamás que el dividendo a cuenta de la empresa de aquel año llevaba grabado el nombre de Francisco.